

## CAPÍTULO XXIII.

## SOLIMÁN. ENRIQUE VIII. TRATADOS DE CREPY Y DE ARDRES.

Mientras Francisco I y Carlos V se disputan la supremacía en Europa, el islamismo llega al apogeo de su poder. Su jefe es el invencible Solimán, hombre de vasto y profundo genio, que se ve rodeado de hábiles lugartenientes capaces de secundarlo en todas sus empresas. Lo verdaderamente deplorable es que, en vez de combatir á ese poder, enemigo de la cruz, el rey de Francia se une con él, viéndose entonces por primera vez á los otomanos intervenir en la política europea. Sin embargo, á pesar de esas circunstancias desfavorables, el tiempo acabará por dar la victoria al catolicismo, que en ese momento no cuenta con más apoyo que las promesas de su fundador, mientras que el islamismo verá comenzar su rápida é ignominiosa decadencia en el momento de morir Solimán, el más terrible de sus jefes.

§ I. — *Solimán II. Sitio de Viena.*

**De los turcos desde la toma de Constantinopla hasta el advenimiento de Solimán (1453-1520).** — Después de la toma de Constantinopla, Mahomet había lanzado sus victoriosos ejércitos contra los pueblos de Europa; pero no tardó en comprender que ya no tenía que habérselas con hombres enervados y sin energía análogos á los griegos y los asiáticos. Venciólo el vaivode de Transilvania (1479), y rechazáronlo con grandes pérdidas los caballeros de San Juan delante de la isla de Rodas (1480). Preparándose estaba á vengar este contratiempo, cuando lo sorprendió la muerte en Nicomedia (1481).

Tuvo por sucesor á Bayaceto II, cuyo carácter era muy pacífico, pero que una rebelión de los mamelucos en Egipto obligó á tomar las armas. Vencido dos veces por esos bárbaros, se desquitó de ese doble fracaso conquistando la Macedonia, la Bosnia y la Croacia, y arrebatando Lepanto á los venecianos (1481-1512).

Su hijo Selim, que ardía en deseos de reinar, lo redujo á prisión, y ordenó luego la matanza de todos sus hermanos. Después atacó al sha de Persia, y obtuvo sobre sus tropas una gran victoria bajo las murallas de Tauris. Apenas terminada esa empresa,

marchó contra los mamelucos y conquistó todo Egipto. De vuelta á Constantinopla, había mandado construir y equipar una flota de 150 buques. Sin duda su propósito era mandarla contra Rodas; pero lo atacó una enfermedad contagiosa en el mismo pueblo donde nueve años antes se rebelara contra su padre, y allí sucumbió en 1520.

**Primeras campañas de Solimán. Sitio y toma de Rodas (1520-1522).** — El heredero del anterior soberano fué Solimán, el más grande de cuantos sultanes han ocupado el trono de Constantinopla. Así que hubo ceñido la cimitarra de Osmán (1520) buscó en su belicoso ardor un enemigo digno de su fuerza y de su poder. Noticioso de que Hungría se había sublevado, después de negar el tributo que debía pagarle, insultando además á sus emisarios, marchó contra Belgrado, destruyó con su formidable artillería los baluartes que la resguardaban, y entró en la ciudadela después de veinte asaltos.

Esa brillante conquista abrió á los musulmanes las puertas de Hungría, haciéndolos dueños de uno de los más poderosos baluartes de la cristiandad. Para poder dominar enteramente el Mediterráneo oriental, Solimán equipó una flota de trescientos bajeles y se presentó en persona, al frente de trescientos mil hombres, á atacar la isla de Rodas. Los caballeros de San Juan, que la defendían, habían visto ya estrellarse contra sus baluartes los esfuerzos de Mahomet II, conquistador de Constantinopla. Su gran maestro, Villiers de l'Isle-Adam, se preparó una vez más á humillar el orgullo turco. El ejército turco tenía á sus órdenes más de cien bocas de fuego, y recurrió á las bombas por primera vez; pero no obstante esos colosales esfuerzos, la ciudad resistió seis meses de sitio y once asaltos. Cuando ya la ciudad no presentaba más que un montón de ruinas. L'Isle-Adam, enternecido por los ruegos de los sitiados, consintió en capitular (1522). Desde allí marchó con sus heroicos caballeros á la isla de Malta, donde debían inmortalizarse con nuevas hazañas. Viendo partir á L'Isle-Adam, Solimán dijo á uno de sus generales: *No dejo de sentir*

*cierta pena al obligar á ese valeroso cristiano á abandonar su casa á la edad que tiene.*

**Trabajos legislativos de Solimán (1523-1526).**

— Después de esas dos grandes expediciones, que hacían tan temible por mar como por tierra á la media luna, Solimán dió un momento de descanso á sus tropas, para ocuparse en la organización interior de su vasto imperio. Hábil para descubrir el talento, eligió como primer ministro al hijo de un marinero de Parga, el célebre Ibrahim, y le dió en matrimonio su hermana (1524). Siguiendo los consejos de su cuñado, reformó la legislación musulmana, castigó á los *cadies* prevaricadores, y dictó leyes contra el robo, la calumnia, la usura, el asesinato, etc. Esos códigos le valieron el sobrenombre de legislador, á pesar de que eran bastante imperfectos. También efectuó innovaciones en el ejército, multiplicó los grados entre los spahis y los janisarios, debilitó la autoridad de los jefes para hacer menos frecuentes sus rebeliones y confió la guardia del serrallo á un nuevo cuerpo creado por él mismo, y que se llamó de los *bostangis* ó jardineros, porque tenía que cuidar de los huertos del sultán.

**Segunda campaña de Solimán contra Hungría (1526).** — Mientras el sultán se ocupaba en las reformas, sus generales continuaban la guerra en Hungría. Los triunfos de aquéllos eran siempre inciertos, cuando Solimán resolvió ir en persona á concluir la conquista de dicho país. El 23 de abril de 1526 salió de Constantinopla al frente de un ejército de cien mil hombres, y trescientos cañones. Empezó tomando á Peterwardin, recibió la sumisión de Illok y llegó al fin á las llanuras de Mohacz. Luis II no tenía más que treinta mil hombres para oponerlos á aquella nube de infieles. Sin embargo, los húngaros rompieron las primeras filas del ejército enemigo, pero se estrellaron contra los janisarios. La artillería turca los aniquiló, y Luis II murió en medio de sus vasallos. Solimán permaneció durante el combate sentado sobre un trono, en lo alto de una colina, y revestido con una coraza deslumbradora por la cantidad de oro y piedras preciosas que contenía. Después de

la victoria dió un rey á Hungría en la persona de Juan Zapolya, y se volvió á Constantinopla, cargado de botín y llevando consigo más de cien mil esclavos.

**Divisiones en Hungría (1526-1529).** — Juan Zapolya era húngaro de raza y había gobernado la Transilvania como palatino. La nación lo reconoció unánimemente el día de su coronación en Alba Real. Pero Fernando de Austria, que se había casado con la hermana de Luis II (1521) recordó en seguida los antiguos tratados que le garantizaban la posesión de la corona de Hungría al extinguirse la familia de Ladislao. Ese rival era poderoso, pues reinaba sobre el Austria, la Stiria, la Carintia, la Carniola y el Tirol, pudiendo contar además con el apoyo de su hermano Carlos V. En efecto, no tardó en crearse partidarios en Hungría, y fué proclamado rey de este país en una dieta de Presburgo. Zapolya quiso resistirle y confiar á las armas la solución de la querrela, pero fué vencido en las llanuras de Tokai (1527). Después de su derrota se retiró á Polonia é imploró el socorro de Solimán, su terrible protector (1528).

**Sitio de Viena por Solimán (1527).** — El sultán volvió á pasar el Danubio en el momento en que Zapolya, socorrido por los polacos, alcanzaba contra los húngaros la victoria de Cassova. El rey se apresuró á presentar sus respetos á Solimán, se unió á su ejército, y lo acompañó á saquear la Hungría, mientras llegaba la hora de reinar en ella. El sultán restauró el trono de Zapolya, en medio de un pueblo arruinado y víctima de horribles matanzas, acudiendo luego á poner sitio á Viena. Su tienda se alzaba el 27 de septiembre frente á los baluartes de aquella ciudad, y sus soldados cubrían las cercanías todas. El valeroso conde de Salm, que se había encerrado en la plaza con veinte mil hombres, le resistió tan vigorosamente, que Solimán tuvo que retirarse lleno de despecho y rabia, después de tres asaltos inútiles.

**Segunda caída de Zapolya (1530).** — Al retirarse, Solimán pegó fuego á todos los pueblos y castillos que halló en su camino, cosa de que se vengaron los campesinos matando á todos los soldados turcos que se separaban un instante del grueso del ejército. El sultán

se consoló sin embargo de sus reveses, recibiendo la sumisión del príncipe de Moldavia, que esperaba su vuelta para declararse tributario suyo. Al año siguiente, los austriacos derribaron una vez más el trono de Zapolya, su vasallo. Solimán juró vengar ese nuevo insulto.

**Otra invasión de Solimán (1530-1532).** — El turco cubrió por cuarta vez las orillas del Danubio con sus innumerables hordas. La pequeña ciudad de Guntz, situada en las fronteras de la Stiria, lo detuvo en su marcha durante veintiocho días, y ese retraso permitió á Fernando y á Carlos V reunir sus ejércitos. Sin embargo, Europa asistía temblorosa á ese duelo; desde el Vístula hasta el Rhin y desde el Océano hasta los Alpes se conmovieron las naciones y de todas partes llegaron voluntarios á alistarse bajo las banderas de Carlos V. Hacía mucho tiempo que Solimán ansiaba verse frente á frente del emperador y de su ejército; pero cuando divisó sus numerosos batallones, tuvo miedo por su fortuna, y como tampoco Carlos V tenía interés en exponerse á la incertidumbre de un combate, los dos grandes monarcas se retiraron sin haber llegado á las manos.

**Paz con Austria (1533).** — Solimán envió á todos sus aliados boletines de victoria, y en efecto, podría creerse que había vencido si se considera el modo que tuvo de dictar la paz á Fernando de Austria. Obligólo á llamarlo *padre*, á reconocer á Ibrahim por su *hermano y protector*, y á disculparse por haber atacado á Hungría, país colocado bajo el protectorado de Solimán.

§ II. — *Expedición de Carlos V contra Túnez y Argel.*

**Expedición de Carlos V contra Túnez.** — Solimán se había unido con Khair-Eddin Barbarroja, quien llegó á dominar todas las costas del Mediterráneo, teatro de sus espantosas depredaciones. El padre de ese pirata había sido un alfarero de la isla de Metelin (Lesbos). En compañía de su hermano Horuc emprendió sus expediciones, logrando apoderarse de Argel. Horuc murió en Tlemcen, y entonces Barbarroja quedó

dueño único de lo que lograran juntos, y extendió sus conquistas, por el centro de África. Solimán, que había adivinado su genio, le ofreció el mando de sus flotas, con objeto de oponerle á los marinos más hábiles de Europa. Orgulloso por esa dignidad, Barbarroja mostró merecerla atacando al rey de Túnez, Muley Assán. Ese bárbaro príncipe había dado muerte á su padre y á todos sus hermanos, excepto Al-Raschid, que escapó. Barbarroja hizo como que tomaba partido por éste, lo encerró en el serrallo de Solimán, y se apoderó de Túnez en nombre de su señor.

Entonces fué cuando Carlos V, inquieto por los triunfos de aquel pirata, desembarcó en África con un aguerrido ejército que mandaba el emperador en persona. Barbarroja marchó á su encuentro; pero sus soldados no pudieron resistir á las veteranas tropas españolas. Los musulmanes fueron vencidos; veinte mil esclavos encerrados en la ciudadela de Túnez vieron rotas sus cadenas, y Carlos V los llevó consigo á Europa en medio de las bendiciones y de los aplausos de la cristiandad. Muley Assán fué restablecido en su trono, declarándose vasallo del rey de España (1535).

**Guerra contra Venecia (1539-1540).** — Irritado contra Carlos V, Solimán se alió con Francisco I, y reunió una poderosa escuadra que debía asolar las costas de Italia y de España. Luego exhortó á los venecianos á declararse en favor suyo contra el emperador, pero como la república manifestase deseos de seguir observando la neutralidad, el sultán resolvió castigarla por su excesiva circunspección, y encargó á Barbarroja de cumplir sus designios. Este empezó por devastar el litoral de la Apulia, y de allí se replegó sobre Corfú, donde le presentaron resistencia. Después penetró en las islas del Archipiélago, conquistó á Scyros, Pathmos, Paros, Egina y Naxos, asoló á Candía, y terminó su empresa obteniendo una gran victoria sobre las flotas combinadas de los españoles y los venecianos frente al promontorio de Actium. Los últimos pidieron la paz, que Barbarroja les concedió, bajo la condición de que renunciases definitivamente á todo lo que habían perdido en el Archipiélago, pagando además 300.000 ducados por los gastos de la guerra (1540).

**Expedición de Carlos V contra Argel (1541,)**

— Entonces Carlos V quiso vengarse de ese corsario, yendo á atacarlo en sus propios Estados. Al efecto, se puso al frente de una escuadra considerable, mandada por Andrea Doria, y marchó contra Argel. Sin embargo, esta expedición no tuvo el buen resultado de la primera. Apenas en tierra, una violenta tempestad dispersó sus bajeles, dejándolo de pronto sin víveres ni municiones. El emperador hizo inútiles esfuerzos para sostener el valor de sus tropas, pero no pudo impedir que las privaciones y sufrimientos de todas clases introdujeran en ella el desorden. Aprovechando el abatimiento y la consternación de los cristianos, los infieles se precipitaron sobre ellos y los exterminaron. Carlos V tuvo que volverse á España sin flota y sin ejército.

**Nuevos triunfos de Solimán en Hungría y en Austria.** — En esas circunstancias, Solimán aprovechó las divisiones que surgieron en Hungría al ocurrir la muerte de Juan Zapolya. Después del reinado de este príncipe, dicho país debía pertenecer á Fernando de Austria; pero los húngaros proclamaron rey, por odio á la dominación alemana, á Esteban, hijo de Juan Zapolya, todavía en la cuna, y no vacilaron en pedir auxilio á Solimán. El sultán pareció tomar partido por sus intereses, é invadió á Hungría para combatir á Fernando. Después de haber hecho huir á los alemanes, hizo presentarse en su tienda á Isabel y su hijo para manifestarles que en adelante Hungría pasaba á ser una de las provincias de su vasto imperio. Sin embargo otorgó al rey niño la Transilvania, y lo mandó á reinar allí, en compañía de su madre.

Fernando no fué tratado con más consideraciones. Cada día le arrebataban los infieles, que eran dueños de la baja Hungría, algunas de las plazas que le quedaban en esas regiones. Carlos V, ocupado en Francia y disgustado por sus reveses en África, no podía socorrerlo. Tuvo en consecuencia que pedir la paz, y no la obtuvo más que declarándose feudatario de Solimán, y comprometiéndose á pagarle un tributo anual de 30.000 ducados (1545).

§ III. — *Invasión de la Provenza. Tregua de Niza. Batalla de Cerisoles.*

**Invasión de la Provenza.** — Mientras Carlos V se distinguía ante la cristiandad entera por su brillante expedición contra Túnez, Francisco I indisponía al contrario á todo el mundo gracias á lo equívoco de sus negociaciones. A la vez que perseguía en Francia á los protestantes que hallaba, solicitó la alianza de los de Alemania; uníase á Solimán en los momentos mismos en que el mundo cristiano temblaba con sólo oír ese nombre; y á la vez procuró captarse la simpatías del papa, y halagó á Enrique VIII, que acababa de precipitarse en el cisma. Esa contradictoria conducta no sirvió más que para desacreditarlo; por otra parte, todas esas alianzas no le sirvieron de nada, pues las fuerzas que se proponía unir eran demasiado heterogéneas para estar nunca de acuerdo.

En esas circunstancias dieron de nuevo principio las hostilidades. Carlos V se consideraba tan seguro de la victoria, que no vaciló en decir delante del papa, de los cardenales y embajadores europeos reunidos en Roma: « Si yo estuviese en lugar del rey de Francia, iría inmediatamente, atadas las manos y con la soga al cuello, á implorar la misericordia de mi enemigo. » Después de esas palabras de vana jactancia, y á pesar de las instancias de Paulo III, emprendió la conquista de Francia con un ejército que había reunido en el Milanesado. Nada se olvidó en la preparación de esa campaña memorable. Carlos V había recomendado al historiador Pablo Jove que llevara mucha tinta y plumas con que relatar sus hazañas. Pero así que puso la planta en tierra francesa, no tardó en « comprender lo que era combatir á los franceses en su propia patria, cuando defienden sus mujeres, hijos, casas é iglesias. » El emperador halló toda la Provenza convertida en un desierto. El hambre y la peste cayeron sobre sus tropas y aun no había visto al enemigo cuando ya llevaba perdidos 25.000 hombres. Tuvo, pues, que retirarse desairadamente.

**Tregua de Niza (1538).** — Viéndose atacado á la vez por los franceses en los Países Bajos y en Italia, y

por los turcos y sus aliados en Alemania, consintió en aceptar la mediación del papa. Paulo III logró que los dos príncipes pactaran una tregua de diez años que se firmó en Niza el 18 de junio de 1538. Con arreglo á esa tregua, el rey de Francia conservó sus conquistas en el Piamonte y el emperador la preponderancia en Italia.

**Mutua amistad de esos dos príncipes (1538-1540)** — Un mes después de la tregua de Niza, Carlos V y Francisco I celebraron una entrevista en Aguas Muertas, donde se tributaron mutuamente toda clase de testimonios de afecto y simpatía; pero, precisa decirlo, ambos necesitaban la paz. Francisco I la apetecía para ocuparse en la administración interior de Francia y remediar los daños causados por la guerra á la nación. Carlos V quería tiempo para llenar sus vacías arcas y pacificar sus Estados próximos á rebelarse. Y como á pesar de todas sus precauciones la insurrección estallara en Gante, Francisco I llevó la generosidad hasta dejarlo pasar libremente por Francia para ir á castigar á los rebeldes (1540). Carlos V se había comprometido por reconocimiento á dar al duque de Orleans la investidura del Milanesado. Pero así que atravesó la frontera, « ese gran engañador se quitó la máscara del disimulo » y negó haber hecho ninguna promesa.

**Batalla de Cerisoles. Enrique VIII (1543-1544).** — Esa nueva perfidia y el asesinato de los dos embajadores franceses que atravesaban la Italia para ir al encuentro de Solimán (1541), llevaron á Francisco I á empezar de nuevo la guerra (1543). La Francia parecía exhausta, pero como las perfidias del emperador la hirieran en su honor, ese país se mostró vigoroso y puso en pie de guerra cinco ejércitos para defender sus fronteras. Por su parte Carlos V desplegó la mayor actividad. Hizo entrar á Enrique VIII en su partido (1543) y dirigió todas sus fuerzas sobre los Países Bajos. Francisco I se alió con Solimán y la media luna se presentó ante las murallas de Niza para bombardearla. En vano los franceses ganaron la célebre batalla de Cerisoles (1544); eso no impidió que los ingleses y los imperiales invadiesen el reino de Francisco I. Enrique VIII desembarcó en la Picardía, sitió y tomó á Boulogne. Carlos V penetró por la Champaña y marchó

sobre París. Ya era dueño de Epernay y de Saint-Dizier, quedándole muy poca distancia que recorrer para encontrarse á las puertas de la capital, cuando la peste invadió otra vez su ejército y lo hizo retirarse.

**Paz de Crepy y de Ardres (1544).** — La paz entre Carlos V y Francisco I se firmó en Crepy (Septiembre de 1544). Con arreglo á ese tratado, el rey de Francia renunciaba á sus pretensiones sobre el reino de Nápoles y á sus derechos de protectorado sobre la Flandes y el Artois, mientras el emperador abandonaba toda pretensión sobre la Borgoña. Habíase convenido en que el ducado de Milán correspondería al duque de Orleans, segundo hijo de Francisco I, bajo la condición de que se casase con María de Austria, hija de Carlos V. Como el de Orleans murió poco tiempo después, el rey de España quedó libre de su compromiso.

Por su parte Enrique VIII no aceptó inmediatamente esa paz, sino que, continuando las hostilidades, tomó la ciudad de Boulogne. Francisco I, que no tenía ningún otro enemigo á quien combatir, hizo grandes preparativos contra el inglés, y cubrió el mar con sus bajeles. Después de varios combates parciales desprovistos de importancia, esos dos soberanos hicieron la paz en Ardres (7 de Junio de 1546), conviniéndose en que Boulogne sería devuelta á Francia en cambio de dos millones de escudos pagaderos en ocho años.

**Muerte de Francisco I (1547).** — Enrique VIII volvió entonces á su país á terminar un reinado lleno de crímenes, falleciendo el 29 de Enero de 1547. Francisco I supo con inquietud esa noticia, que era en efecto muy á propósito para hacerlo reflexionar sobre sus propios desórdenes y los escándalos de su vida. Apoderóse de él la idea de la muerte, y para distraerse emprendió grandes cacerías en los bosques reales, yendo de castillo en castillo, sin hallar en ninguna parte descanso ni alivio. Al fin necesitó guardar cama en Rambouillet, donde tuvo tiempo para pedir á Dios el perdón de sus culpas. Murió el 31 de Marzo de 1547, á la edad de cincuenta y tres años.

**Últimos años de Solimán (1546-1566).** — Solimán se encontraba entonces en el apogeo de su poder. Emprendió una nueva expedición contra los persas, pero

no pudo dar alcance á aquellos infatigables enemigos, que se defendían huyendo (1548-1552). Sin embargo, esa lucha le produjo amarguísimos pesares domésticos. Dejéase dominar por los artificios de Roxelana, una de sus mujeres, princesa devorada de ambición, y que quería hacer á toda costa que reinase uno de sus hijos. Al efecto imaginó las más atroces calumnias contra Mustafá, primogénito de Solimán, logrando perderlo en el ánimo de su padre, que decretó su muerte. Á partir de ese instante, su corte fué teatro de asesinatos y violencias (1553). Zeangir, uno de los hijos de Roxelana, concibió tal indignación por la muerte de Mustafá, que, desesperado, se dió de puñaladas. Pero la ambiciosa mujer llevó la barbarie hasta extinguir toda la posteridad de aquel príncipe, pensando además en hacer morir á Selim, uno de sus propios hijos, y en acabar con Solimán, todo ello para que Bayaceto, su hijo preferido, estuviese seguro de heredar la corona. No obstante esos crímenes, su esposo, á quien engañaba, sintió mucho su muerte. Al ocurrir ésta, Bayaceto se alzó contra Solimán, pero el soberano lo venció cerca de Iconium, y mandó que lo estrangulasen en compañía de sus cuatro hijos (1559).

**Sitio y heroica defensa de Malta (1565).** — Solimán invadió otra vez la Hungría, para sostener los derechos del descendiente de Juan Zapolya. Después de tres años de lucha (1559-1562), pactó una tregua de ocho con Austria. Fernando se comprometió de nuevo á pagar tributo al sultán, pero dos años después de ese humillante convenio, dejó el trono á su hijo mayor, Maximiliano II (1564).

La edad y los pesares domésticos habían debilitado considerablemente las fuerzas y el valor de Solimán. Sin embargo, quiso distinguirse aún por una empresa memorable, dando el último golpe á los caballeros de San Juan, que, después de la toma de Rodas, se habían retirado á Malta. Carlos V dió á esos valerosos guerreros la mencionada isla y la ciudad de Trípoli. Dragut, sucesor de Barbarroja, y su igual por la reputación y los talentos militares, era gobernador de aquella población cuando los caballeros se pusieron de acuerdo con Felipe II para recuperar la importante plaza men-

cionada. Desde que Solimán tuvo noticia del golpe que se preparaba, confió á Piali-Bajá ochenta y cinco galearas, y ese gran capitán marchó á destruir la flota cristiana. Continuando sus triunfos, los musulmanes fueron á atacar á los caballeros en Malta, su último asilo. Lavalette, gran maestre de la orden, se mostró digno sucesor de L'Isle Adam, y los obligó á retirarse, á los cinco meses de heroica resistencia.

**Muerte de Solimán (1566).** — Para compensar ese revés, el sultán marchó de nuevo contra Hungría, donde Maximiliano II, sucesor de Fernando, procuraba, contra lo convenido en los tratados, arrancar su corona al rey Esteban. Esa campaña recibió el nombre de *guerra de Zigeth*, porque no tuvo más resultado que la toma de esa plaza. Solimán murió en su tienda, frente á dicha ciudad, y sus funerales fueron alumbrados por el incendio de una fortaleza. Su reinado marca el apogeo del poder musulmán. Ese príncipe se distinguió no sólo en los campos de batalla, sino que también trabajó en el engrandecimiento de su nación con sus reformas administrativas y judiciales, y la protección que dispensó á las ciencias y las letras. Es cierto sin embargo que en otro sentido preparó la decadencia de Turquía, pues mantuvo alejados de los ejércitos á los príncipes, y así tomaron éstos costumbres de afeminación é indolencia, que acabaron por hacerles cobardes é inútiles.

*Resumen de este capítulo.* — En esta última parte de la lucha entre Francia y el Imperio figuran tres grandes príncipes, Solimán, Francisco I y Carlos V.

I. Después de la toma de Constantinopla, los turcos no habían cesado en aumentar sus conquistas. Mahomet II no obtuvo sin duda en Europa los triunfos que esperaba, pero Bayaceto II (1481-1512) se apoderó de Macedonia, Bosnia, Croacia y la ciudad de Lepanto. Su hijo Selim venció al sha de Persia y conquistó el Egipto (1512-1520). Pero el apogeo del poder otomano se efectuó bajo Solimán. Ese ilustre conquistador tomó la isla de Rodas (1522) y efectuó importantes mejoras en la legislación musulmana. Después de eso se distinguió en Hungría, donde destronó á Luis II para dar el reino á Juan Zapolya, lo que produjo divisiones, porque Fernando de Austria quiso hacer valer sus derechos sobre dicho país al concluir los Ladislao. Solimán marchó contra los austriacos, llegando á poner sitio á Viena (1527), pero el conde de Salm lo rechazó. Como Juan Zapolya, á quien había restaurado en el trono, fuera des-

poseído otra vez, Solimán volvió á pasar el Danubio, y se halló en presencia de Carlos V, que había acudido en socorro de su hermano Fernando de Austria; pero aquellos dos grandes hombres prefirieron la paz á los riesgos é incertidumbre de una batalla (1533).

II. Carlos V se cubrió de gloria yendo á combatir en las costas de África á los piratas que las infestaban. En efecto, venció á Barbarroja, que reinaba en Túnez en nombre de Solimán, y rompió las cadenas de 20.000 cautivos cristianos (1535). Después de eso, Solimán se alió con Francisco I, y Barbarroja recibió la orden de arrebatarse á los venecianos todas sus posesiones del Archipiélago. Carlos V emprendió otra expedición contra Argel, para vengarse de aquel corsario, pero no tuvo en ella la misma suerte que en la primera. Viose obligado á volver á España, y dejó á su hermano Fernando deshecho en Austria y en Hungría por los victoriosos ejércitos de Solimán, que le impuso condiciones de paz humillantes (1545).

III. Francisco I no había vacilado en unirse con los turcos y los protestantes alemanes contra Carlos V. Las hostilidades dieron principio de nuevo; el emperador se creía ya dueño de Francia, pero fué vigorosamente rechazado. El papa Paulo III logró que ambos rivales firmaran la tregua de Niza (1538). Como Carlos V necesitara poco tiempo después atravesar la Francia para ir á castigar la ciudad de Gante que se había rebelado, Francisco I lo recibió con la mayor cortesía. Carlos V había hecho á Francisco I las más seductoras promesas, pero no las cumplió, y eso produjo la última guerra. Inútil fué que los franceses ganaran la batalla de Cerisoles, pues su país se vió invadido por Enrique VIII y Carlos V. Los tratados de Crepy (1544) y de Ardres (1546) pusieron término á todos esos acontecimientos. Enrique VIII murió poco después (1547) y Francisco I no le sobrevivió sino dos meses. Solimán reinó veinte años más (1547-1566). Este soberano llevó á cabo una expedición contra el sha de Persia, sin resultado alguno; los últimos años de su existencia estuvieron turbados por las intrigas de su esposa Roxelana, que le hizo ordenar la muerte de casi todos sus hijos. Atacó á Malta, donde se habían refugiado después de la toma de Rodas los caballeros de San Juan, y fracasó en la empresa. No contento con haber asolado tantas veces la Hungría, penetró en ella una vez más para arrancarla á la dominación austriaca. Murió en su tienda de campaña, delante de los baluartes de la ciudad de Zigeth á que había puesto sitio (1566).

## CAPÍTULO XXIV.

ENRIQUE II. FRANCIA SE APODERA DE LOS TRES OBISPADOS  
ABDICACIÓN DE CARLOS V. FELIPE II. BATALLA DE SAN  
QUINTÍN. TOMA DE CALAIS. PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

El reinado de Enrique II fué desastroso para Francia. Ese príncipe siguió la misma política que Francisco I, pero como no poseía los mismos talentos que su padre, su reinado tuvo para la monarquía y el país las más deplorables consecuencias. En efecto, cedió todas las conquistas realizadas por Francia, y dejó penetrar en su nación rivalidades que no tardaron en originar la guerra civil. Por otra parte, las pretensiones de la casa de Austria empezaron á desvanecerse. Carlos V, que soñara con la dominación universal, se retiró al monasterio de San Yuste, disgustado y lleno de cansancio á fuerza de decepciones. Su hijo Felipe II continuó la realización de esos ambiciosos proyectos, pero lo veremos fracasar completamente en su empresa.

**Advenimiento de Enrique II (1547).** — Según acabamos de decirlo, Enrique II siguió en todo la misma política que su padre; pero sin poseer el valor ó la habilidad de éste. Diana de Poitiers y el anciano condestable de Montmorency, ejercieron sobre su ánimo absoluta influencia. Al principio de su reinado hizo la guerra á los ingleses y obtuvo de ellos la restitución de Boulogne (1550) y luego la mano de María Estuardo para su hijo primogénito, que debía sucederle con el nombre de Francisco II.

Como el protestantismo había hecho grandes progresos en Francia, excitando sediciones en el Agénois, el Perigord, la Saintonge, la Gascuña y el Limosín, Enrique II presintió los peligros con que esas temerarias novedades amenazaban á su trono, y dictó contra los sectarios su edicto de Chateaubriand (1551).

Pero su falsa política debía hacer inútil esa medida. En el mismo momento en que lanzaba severos decretos contra los reformados en Francia, se unía con los de Alemania, siguiendo el ejemplo de su padre Francisco I. Y hasta fué más lejos: durante la celebración del concilio de Trento se indispuso con el soberano pontífice, que lo amenazaba con sus anatemas, por haber prohibido á los obispos de Francia